

LA PRIMERA RECEPCION DE FREUD EN ESPAÑA A TRAVES DE LOS FILOSOFOS (1910-1930)

El Psicoanálisis ha sido una de las construcciones más significativas de nuestro siglo con una amplia repercusión en la cultura y la sociedad. España, al igual que otros países, recibió con interés esta doctrina, innovadora en muchos aspectos.

El freudismo entró y se difundió en nuestro país progresivamente. Es, a partir de la publicación de las obras completas de Freud en castellano (1922) por Biblioteca Nueva y según la traducción de Luis López Ballesteros cuando los intelectuales y científicos españoles se interesan por el psicoanálisis. Con anterioridad a estos años sólo algunos pioneros tratan los temas psicoanalíticos, se trata de dos médicos: Miguel Gayarre (1909) y Enrique Fernández Sanz (1914) y un filósofo: José Ortega y Gasset (1911). Son todos ellos intelectuales interesados por la ciencia europea y por introducir en España las nuevas corrientes.

La filosofía no podía permanecer al margen de las ideas psicoanalíticas por las cuestiones éticas y morales que planteaban, y por su epistemología.

Muy tempranamente algunos filósofos españoles plantearon sistemáticamente la cuestión del Psicoanálisis freudiano. Interesaba fundamentalmente la cientificidad de sus supuestos y el contenido moral de sus ideas. Por todo ello, el freudismo despertó una actitud eminentemente crítica en la filosofía española. Así, Ortega publicó en *La Lectura* (1911) su artículo sobre «El Psicoanálisis, ciencia problemática».

A partir de aquí tendrán que pasar varios años hasta que los filósofos se vuelvan a ocupar de los temas psicoanalíticos.

En 1925 son revistas religiosas las que se ocupan de estos temas, así en la *Ciencia Tomista* aparecen los artículos de M. Barbado, y en *Razón y Fe* un artículo de Ugarte de Ercilla.

También, en el mismo año, L. Gil Fagoaga publica «El Psicoanálisis y su significación», y en 1927 «La interpretación de los sueños», en donde se expone los principales supuestos psicoanalíticos.

De la idea que estos autores tienen del psicoanálisis y de su crítica al mismo nos ocuparemos en las páginas que siguen.

I.—ORTEGA Y SU APORTACION AL PSICOANALISIS

Ortega ha cumplido un papel singular en la europeización de España. Por un lado, la singularización cultural y social de su figura en el primer tercio del siglo xx en España da a todas sus intervenciones un peso

singular. Pero, además, Ortega ha tenido un papel singular en la introducción del pensamiento de S. Freud, pues él fue quien recomendó y decidió la edición española de las obras de S. Freud antes que en otros muchos países. Conviene ver, pues, la relación entre estas dos figuras.

La vida de Ortega es ya suficientemente conocida. Había nacido en Madrid el 9 de mayo de 1883. Su padre, José Ortega Munilla, fue periodista, colaborador y director de «Los Lunes» de *El Imparcial*, publicación que tuvo una influencia muy amplia en las letras españolas y un gran prestigio en la época. Ortega estuvo relacionado con el periodismo desde su más temprana edad.

En 1902 se licencia en Filosofía por la Universidad de Madrid y ocho años después es Catedrático de Metafísica. A lo largo de su vida desarrolla una intensa labor literaria, una decisiva creación en el campo de la Filosofía y un gran esfuerzo en la orientación política y social de los españoles.

Ortega pertenece a una generación de hombres, como diría Julián Marías «innovadora en tantas cosas, pero sobre todo en una manera nueva de ver la realidad nacional y los temas intelectuales» (Marías, 1973, 138).

Toda la actividad de Ortega parece girar en torno a un objetivo primordial: europeizar la cultura española, «queremos —escribía en 1910— la interpretación española del mundo» (Marías, 1971, 14). Esta idea le llevó a una actuación múltiple que ha determinado las dimensiones de su obra, principalmente cuatro: la información intelectual, de primera mano y al día, para conseguir cancelar el retraso y el aislamiento y la maduración de la mente español; por último, el ejercicio, y la habitual— «a la altura de los tiempos»; al adoctrinamiento en materia política y social, para preparar formas superiores de vida colectiva; lo que pudieramos llamar la «reforma del entendimiento», el ensanchamiento y la maduración de la mente español; por último, el ejercicio de un rigurosa actividad filosófica, desde la cátedra de Metafísica, y la formación de una escuela de filosofía (Marías, 1971, 15).

Verdaderamente Ortega lucha contra el aislamiento al que se hallan sometidos los intelectuales españoles, aislamiento producido por la escasez de traducciones disponibles y por la incomunicación de España con las nuevas ideas europeas. Así, en 1911, «escribe con amplitud y rigor sobre Freud y Worringer» (Marías, 1971, 15).

Con estos escritos Ortega abre los horizontes de España a una nueva visión del hombre y de su patología.

Hacia apenas diez años que Freud había publicado una de sus obras más importantes y que más eco iba a tener en años sucesivos: «La Interpretación de los sueños». Unos años antes se habían publicado «Los estudios sobre la Histeria». En 1901-1904 aparece la «Psicopatología de la vida cotidiana», otra de las obras que más acogida tiene en años sucesivos. El año anterior a los escritos de Ortega (1910) se publica la obra «Sobre el Psicoanálisis».

Ortega, en 1911, cuando casi nadie había introducido en España la corriente psicoanalítica, ni se habían traducido al español las obras de Freud, hace una descripción amplia del contenido psicoanalítico y aporta

una visión crítica planteándose por primera vez el tema de un trabajo sobre «Psicoanálisis, ciencia problemática».

Así Ortega, el primero en introducir en España este nuevo sistema, expone a nivel teórico el tema que tantas polémicas suscitará en épocas sucesivas: la cientificidad del Psicoanálisis.

Dos objetivos fundamentales mueven la obra de Ortega. Por una parte, el enriquecimiento de los españoles con nuevas ideas y por otra, el crear en ellos «hábitos críticos, metódicos de la ciencia más exacta, rígida e integérrima: hay que enriquecer la conciencia nacional con el mayor número posible de motivos culturales. En primer término, crítica científica; en segundo, sobrealimentación ideológica; esta terapéutica paradójica es la única oportuna para el paradójico enfermo: España» (Ortega, 1977, 64-65, orig. 1911).

Con estos principios se propone hacer una exposición de las doctrinas Psicoanalíticas, como él dice «más que falsas, no verdaderas, pero científicamente sugestivas» (Ortega, 1977, 65). A pesar de esa problemática cientificidad reconoce la gran importancia que las ideas de Freud han tenido no sólo en la Psiquiatría y en la terapéutica de neuróticos, sino también en la psicología general, en la pedagogía y en todos los ámbitos de la cultura. Ortega reconoce que «han sido, en efecto, las ideas de Freud la creación más original y sugestiva que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la Psiquiatría» (Ortega, 1922).

El Psicoanálisis, según Ortega, no ha surgido como método terapéutico a partir de unos supuestos teóricos y de la eficacia práctica de estos supuestos; más bien el proceso parece que ha sido el contrario, y a partir de una aplicación práctica se ha llegado a la formulación de unas generalizaciones; como dice Ortega «la Psicoanálisis no es un sistema, sino una serie de generalizaciones a que ha conducido el interés práctico inmediato de sanar ciertas enfermedades ante las cuales tenía la medicina que cruzarse de brazos» (Ortega, 1977, 66, orig. 1911).

Por lo tanto hay que plantear su cientificidad, pero antes hay que hacer una descripción general de su contenido.

Las ideas de Freud no plantean únicamente un tema propio de la medicina, sino también una cuestión a nivel psicológico y filosófico: «Lo característico de la Psicoanálisis es que oriunda de una necesidad terapéutica, trasciende, desde luego, los límites de la consideración psicológica y se planta, de un salto, si no en la metafísica, en los confines metafísicos de la psicología» (Ortega, 1977, 67, orig. 1911).

Ortega recuerda que los principios del Psicoanálisis aparecen en estudios sobre la histeria, «enfermedad mental» causada por situaciones emocionales que por cualquier razón no llegaron a una resolución libre en los enfermos, y desaparecen de su memoria dejando en su lugar los síntomas patológicos. Al tomar el concepto de «enfermedad mental» tenía el Psicoanálisis que «buscar la causa directamente en el alma y a curar a ésta sin intermediarios de ningún género» (Ortega, 1977, 70, orig. 1911).

Hay que buscar, pues, ese elemento nocivo, que en parte ha olvidado el enfermo y que ha dado lugar a los síntomas patológicos. La técnica orientada a recuperar ese suceso patógeno es precisamente el Psicoanálisis:

«Ni más ni menos que esto es la Psicoanálisis: la técnica de la purgación o Kátharsis espiritual. Esto era y es, en el orden religioso, la confesión; ya veremos cómo no es la menor objeción que a la psicoanálisis puede hacerse, considerarla como una justificación científica del confesionario» (Ortega, 1977, 74, orig. 1911).

Así, pues, el Psicoanálisis es fundamentalmente una técnica de recuperación de los sucesos emotivos que han desaparecido de la conciencia del enfermo y han dado lugar a síntomas patológicos. Pero ¿qué hecho explica que estos elementos queden fuera de la conciencia? Para contestar a esto Ortega recuerda que Freud lanza un concepto transcendental para su teoría psicoanalítica: «la expulsión» (*Verdrängung*). «Llegamos ahora a la exposición del concepto principal de todo este organismo ideológico, al término que, como el muelle real de un reloj, pone en movimiento todo el mecanismo de la Psicoanálisis» (Ortega, 1977, 75, orig. 1911).

También partiendo de la experiencia práctica Freud expone otro concepto teórico: las mismas fuerzas que durante la terapia psicoanalítica ofrecen «resistencia» para recuperar lo olvidado, son las que «expulsaron» las representaciones patógenas fuera de la conciencia, es decir, al «inconsciente». Ortega delimita con precisión este término freudiano: «inconsciente es el contenido psíquico que no sólo no está en la conciencia ahora o en el otro instante, sino que no puede volver a ella porque ha sido expulsado y se le han cerrado las puertas» (Ortega, 1977, 77, orig. 1911).

Debido a la gran importancia de los fenómenos inconscientes y su influencia en las «enfermedades mentales», el Psicoanálisis es considerado por los psicoanalistas «psicología de la profundidad» (Ortega, 1977, 7, orig. 1911), y además, gracias a Freud el entrar en el inconsciente es posible mediante «una simple conversación» (Ortega, 1977, 83, orig. 1911).

También Ortega estudia otra obra importante en el Psicoanálisis, «Sobre la interpretación de los sueños». El sueño es un camino directo para llegar al conocimiento del inconsciente.

«La necesidad de descubrir los escondrijos del «alma» donde vienen a ocultarse esos temores afectivos, generadores, según Freud, de las enfermedades mentales, le llevó a penetrar en el territorio de los sueños. Su libro sobre la vida de los sueños es una de las producciones más interesantes del pensamiento contemporáneo. En él desarrolla Freud la idea de que nuestra conciencia fabrica constantemente símbolos de la sexualidad, a veces de una pureza sublime y de una inmaterialidad platónica inefable» (Ortega, 1977, 21, orig. 1911).

Un aspecto positivo reconoce Ortega en esta atención central que otorga Freud para que la ciencia empezara a ocuparse seriamente del erotismo, tradicionalmente cerrado a la investigación.

Por otra parte, lo sexual constituye la base de la vida inconsciente y es la causa de los trastornos psíquicos del hombre como ocurre con las neurosis. El Psicoanálisis descubre también detrás de los sueños un deseo sexual. Pero para Ortega, este sexualismo es otro punto problemático: «el método psicoanalítico descubre tras el terror soñado siempre alguna concupiscencia sexual... para Freud todo es decidido en nosotros

por el amor y generalmente por el amor torcido y *non sancto*» (Ortega, 1977, 101, orig. 1911).

Ortega hace una descripción muy completa del contenido del Psicoanálisis, y subraya los tres puntos que serán objeto de sucesivas polémicas en los años siguientes: la importancia central que atribuye a los fenómenos de la sexualidad, la dualidad consciente-inconsciente: «el inconsciente es una de las opiniones psicoanalíticas que mayor superficie ofrecen a la crítica» (Ortega, 1977, 77, orig. 1911), y en tercer lugar el carácter meramente descriptivo del Psicoanálisis, que no explica el porqué de los fenómenos que expone y por lo tanto no llega a ser una ciencia explicativa, como el resto de las ciencias naturales.

Ortega plantea una crítica fundamental al Psicoanálisis: ¿es ciencia explicativa o descriptiva? Una diferencia hay entre estos dos métodos, el explicativo «revela el porqué de las variaciones fenoménicas», el descriptivo «se contenta con fijar lo positivamente acaecido y clasificarlo según caracteres exteriores más o menos convencionales». Según esta distinción, añade Ortega: La psicología de la profundidad que acusa a toda otra psicología de limitarse a la descripción de los fenómenos psíquicos sin mostrar su mecanismo suele olvidarse de comunicarnos por qué es necesario que las cosas acontezcan como, según sus suposiciones, acontecen» (Ortega, 1977, 93, orig. 1911). Y añade: «los psicoanalistas dicen meramente: «Los fenómenos dados tienen esta explicación». Y si se les pide que muestren por qué ésta y no otra cualquiera, responden: «nosotros no buscamos causas *a priori*» (Ortega 1977, 94, orig. 1911).

Por lo tanto, Ortega cree que no se puede considerar el Psicoanálisis como una ciencia explicativa desde el momento en que no puede establecer entre los hechos una relación de dependencia, una funcionalidad.

Ortega conoce la importancia y la originalidad de las doctrinas psicoanalíticas y al mismo tiempo las ardientes polémicas que suscitan. Precisamente él fue quien propuso a José Ruiz Castillo, el editor de Biblioteca Nueva, la traducción y publicación de las obras completas de Freud, que en 1922 comenzaron a aparecer con su primer tomo precedido de un prólogo del propio Ortega.

Ortega, pues, hizo posible que el público español se aproximara a las nuevas ideas que hacía más de un cuarto de siglo habían nacido en Alemania y que tanta repercusión iban a tener en la medicina, psicología, moral, derecho jurídico y demás aspectos de la cultura española. Pero, al mismo tiempo, aparece lleno de reservas ante el «status» epistemológico de la constitución freudiana, que es, a su juicio, antes «mito y motivo cultural» que ciencia estricta.

II.—UGARTE DE ERCILLA: TRABAJOS SOBRE PSICOANALISIS

Eustaquio Ugarte de Ercilla (1865-1940) nació en Echano (Vizcaya). Estudió la filosofía en el Seminario de Vitoria. En 1887 entró en la Compañía de Jesús, donde completa sus estudios eclesiásticos en los centros de Estudios de Burgos y Oña.

A continuación hace dos años de formación especial en psicología experimental con Wundt en la Universidad de Leipzig. No obtuvo, sin embargo, ningún título de psicología, a diferencia de los muchos estudiantes europeos y americanos que se doctoraron con Wundt por esos años (Pérez-Delgado, 1979, 89-91).

A su regreso a España se licenció en Filosofía y Letras.

En 1905 hace la profesión solemne en Valkenburg (Holanda). En la Casa de Estudios que la Compañía de Jesús tenía ahí tuvo ocasión de conocer a José Froebes, profesor de Psicología desde 1904 en dicho centro (Misiak, 1955, 123-24).

Fue profesor de filosofía en la Universidad de Deusto (Bilbao) y de la Academia Universitaria de Madrid, así como de Historia de la Filosofía en los Colegios de Ocaña (Toledo) y Sarriá (Barcelona) para los estudiantes de la Compañía de Jesús (Koch, 1934).

Ugarte de Ercilla fue asiduo colaborador de las revistas *Razón y Fe* y *Estudios Eclesiásticos*, en las que publicó varios artículos sobre psicología. Es autor también de varios libros, entre ellos el titulado *Transformación de los procesos psíquicos conscientes en inconscientes* (1920).

Como decimos, las cuestiones de psicología son tema frecuente de sus publicaciones desde 1906, con dos artículos titulados «En dirección hacia la Psicología Experimental» (1906), y «La Psicología Experimental» (1906).

Pero hasta 1925 no hace ninguna referencia al psicoanálisis, ni siquiera en su libro dedicado a los procesos conscientes e inconscientes. Hace ya veinticinco años Freud había publicado *La interpretación de los sueños* (1909), obra ésta que hizo famoso al autor en el mundo entero.

No obstante su conocimiento del alemán, Ugarte de Ercilla no parece tener noticia del psicoanálisis hasta que Biblioteca Nueva edita las *Obras Completas* de Freud (1922-1925).

En 1925 habían aparecido ya los primeros nueve volúmenes de las *Obras Completas* de Freud en castellano y ello le da pie para publicar un artículo sobre el tema, que lleva el título: «La escuela freudiana y la metapsíquica» (1925), cuyo contenido vamos a glosar a continuación, en dos puntos. El primero sobre la idea que ofrece del psicoanálisis y el segundo respecto a su crítica del mismo.

1. EXPOSICION GENERAL SOBRE EL PSICOANALISIS

Ugarte de Ercilla no pretende ofrecer un examen pormenorizado del psicoanálisis sino tan sólo una visión de conjunto. Distingue entre doctrina y método psicoanalítico.

Como teoría psicoanalítica, el psicoanálisis freudiano, a su juicio, «pretende que toda nuestra actividad psíquica, incluso los sentimientos artísticos, científicos, morales, religiosos, no son más que derivaciones o residuos, casi siempre inconscientes de una fuerza primordial instintiva, aunque latente, esto es, inconsciente o subconsciente» (Ugarte de Ercilla, 1925, 205).

Desde el punto de vista psiquiátrico, la doctrina psicoanalítica «consiste en atribuir todas estas enfermedades (las mentales) a algún trauma

o conflicto psíquico que, aunque no haya aparecido en la conciencia, o haya desaparecido de ella, persevera activo en el campo de la inconsciencia» (Ugarte de Ercilla, 1925, 205).

Estas dos dimensiones de la teoría psicoanalítica, como se sabe, marcan dos etapas del desarrollo del pensamiento freudiano. Inicialmente era tan sólo una forma de nuevo corte de explicar las enfermedades mentales y únicamente en un segundo momento se convirtió en una interpretación global del funcionamiento del psiquismo humano.

Pero tanto en psicología como en psiquiatría el psicoanálisis busca más allá del consciente el origen de los fenómenos psíquicos y de las enfermedades mentales. Sus raíces son inconscientes. Más aún, la teoría freudiana encuentra en el inconsciente sexual la explicación de todas las manifestaciones del psiquismo consciente, a excepción de lo referente al instinto de conservación. Pero aún en este caso, «dando siempre al instinto sexual la primacía sobre todos los demás instintos» (Ugarte de Ercilla, 1925, 205).

Conforme con lo anterior, Ugarte entiende el método psicoanalítico como la técnica destinada a explorar las fuerzas psíquicas inconscientes o las causas patógenas ocultas, para que el enfermo adquiriera conciencia de ellas y conseguir por esta vía «la curación radical de las enfermedades». La fuerza curativa del método psicoanalítico consiste, pues, en traer a la conciencia las energías psíquicas que actúan en el inconsciente.

Al llegar aquí Ugarte se pregunta qué entiende Freud por inconsciente. «Inconsciente —escribe Ugarte— es todo ese campo ignorado en que se deposita, por decirlo así, y desenvuelve el conjunto de tendencias, afectos, recuerdos olvidados, y toda clase de actos psíquicos, aptos de suyo para que sean conscientes, pero que de hecho existen en el sujeto sin que él se dé cuenta: inconsciente, por tanto, es para Freud todo fenómeno psíquico, en contraposición a la conciencia que llamamos refleja» (Ugarte de Ercilla, 1925, 206).

Inconsciente designa, pues, el conjunto de contenidos de toda índole que no están en el campo actual de la conciencia pero que pueden devenir conscientes. Tal como Ugarte lo entiende, inconsciente es un adjetivo que califica la situación de ciertos fenómenos psíquicos como contradistintos a los que están en el ámbito de la conciencia inconsciente; es, por tanto, lo que no es consciente.

Pero que no pase desapercibido que Ugarte ha utilizado la expresión «conciencia refleja». Es una expresión intencionada. En su libro sobre *Transformación de los procesos psíquicos conscientes en procesos inconscientes*, ha debatido ampliamente la existencia de fenómenos psíquicos inconscientes. A su juicio el nudo gordiano de la cuestión consiste en saber si cuando se define lo inconsciente por contraposición a lo consciente sobreentendemos la conciencia directa o la conciencia refleja. Siguiendo a Balmes, entiende por conciencia directa la presencia misma del fenómeno al espíritu, ya sea una sensación, ya una idea, ya un acto o impresión cualquiera. La conciencia refleja, por el contrario, es el acto por el que el espíritu conoce explícitamente algún fenómeno que en él se realiza (Ugarte de Ercilla, 1920, 28-29).

De acuerdo con esa noción de conciencia refleja, Ugarte interpreta el inconsciente freudiano en el sentido de qué contenidos no son contem-

plados *explícitamente* por la conciencia. Por eso dice que «son aptos de suyo para que sean conscientes, pero que de hecho existen en el sujeto sin que él se dé cuenta».

Este modo de entender el inconsciente no corresponde evidentemente al pensamiento freudiano. Una de las características de los contenidos inconscientes es que sean *reprimidos* y no puedan aflorar al consciente sin la intervención del psicoanalista.

Así entendido el inconsciente, Ugarte acepta sin hesitación la existencia de procesos psíquicos inconscientes, como ya dejó constancia de ello años antes (Ugarte de Ercilla, 1920). Hace un recuerdo especial, sin embargo, de las pruebas que aduce Freud para demostrar la existencia del inconsciente: actos fallidos, los sueños y los síntomas psicopatológicos. Estos fenómenos de la vida cotidiana y de situaciones psicopatológicas prueban la existencia de fuerzas que escapan al control de la conciencia (Ugarte de Ercilla, 1925, 206).

Esto dicho, se trata ahora de explicar cómo, a juicio de Ugarte, se expresa el inconsciente según Freud. Se fija para ello en el deseo onírico y en el fenómeno de la sublimación.

Lo que impide que una tendencia o deseo aparezca en la conciencia es la censura. «Mas, ¿cuándo adquiere el deseo onírico una potencia tal que le permita salir victorioso de la censura? Esta circunstancia puede depender tanto del deseo, como de la censura misma. Por razones desconocidas, puede el deseo adquirir, desde luego, en un momento dado, una intensidad extraordinaria. Durante el día se hallan dichos deseos sometidos a una rigurosa censura que les prohíbe, en general, toda manifestación. Pero, durante la noche, esta censura, con muchos otros intereses de la vida psíquica, queda suprimida, o por lo menos considerablemente disminuída, en provecho del deseo psíquico. A esta disminución de la censura durante la noche es a lo que dichos deseos prohibidos deben la posibilidad de manifestarse» (Ugarte de Ercilla, 1925, 207).

Los conceptos de censura y represión aparecen por primera vez aquí. Los habíamos echado de menos, como señalamos, cuando Ugarte definió el inconsciente freudiano. La condición de reprimido de lo inconsciente es lo que explica su aparición en la superficie del psiquismo humano cuando la censura es más débil, como sucede en el sueño. No obstante, añade Ugarte, «porque la censura no permite la realización de estos deseos rechazados, ni que aparezcan en la conciencia bajo su propia forma, el inconsciente los disfraza de manera que aparezcan como moralmente inofensivos, y así disfrazados burlan la severidad de la conciencia, y salen, si no a la conciencia, porque en los sueños no la hay, sí a la superficie, en la que campean independientemente, en la imaginación, durante los sueños (Ugarte de Ercilla, 1925, 208).

Esta precisión es importante. La debilidad de la censura durante el sueño no implica para Freud que el inconsciente pueda emerger con total impunidad durante el estado onírico. Solamente mediante el disfrazamiento del deseo reprimido consigue el inconsciente burlar la vigilancia de la censura. Disfraz que se manifiesta en las incoherencias y elementos inconexos de los sueños.

Otro ardid del inconsciente es la sublimación. Aquí ya no se trata de que la tendencia reprimida pase fraudulentamente la frontera de

la censura por atenuación de ésta, sino por elevación o sublimación de los deseos. «El inconsciente —escribe Ugarte— los cubre con el manto de su fin, de un ideal elevado, como el arte, la ciencia, la religión, etc.; y adoptando esa forma simbólica», se sustraen al rigor de la censura moral. A este artificio por el cual la tendencia sexual se disfraza, y se hace como aceptable, es a lo que Freud llama *sublimación* (Ugarte de Ercilla, 1925, 209).

Atento siempre el autor a las incidencias del psicoanálisis en el campo de lo religioso hace una mención especial del proceso de sublimación, aunque sea éste un concepto que Freud no definió cabalmente y cuyos contornos permanecen difusos a lo largo de todas sus obras.

Estamos en que los deseos inconscientes permanecen activos y buscan insistentemente su satisfacción, pero sólo consiguen sus objetivos solapadamente. El hecho de que tanto en los sueños como en la sublimación no se presenten tales deseos en su propia naturaleza sino disfrazados, dificulta su exacto conocimiento. Esto lleva a Freud, escribe Ugarte, a utilizar el método de las *reacciones asociativas* para explorar el inconsciente (Ugarte de Ercilla, 1925, 209).

A propósito del método de las asociaciones no parece encontrar el autor español nada original en el propuesto por Freud, sino es «su perspicacia y sagacidad, su paciente labor y experiencia para hacerse con todos los informes necesarios acerca del enfermo» (Ugarte de Ercilla, 1925, 210).

A su juicio «la escuela del célebre psicólogo experimental Wundt fue la que en el laboratorio de la Universidad de Leipzig inició el experimento llamado de asociación. Durante nuestra permanencia —escribe— en dicho laboratorio fueron frecuentes estas experiencias. El sujeto era invitado a responder lo más rápidamente posible con una reacción cualquiera a la palabra que se le dirigía a título de estímulo» (Ugarte de Ercilla, 1925, 209).

Además recuerda que el método de las reacciones asociativas ha sido ya utilizado en la práctica de los procesos judiciales para descubrir la culpabilidad o inocencia del presunto reo. Hay que notar, añade, «que es un método todavía imperfecto para aportar datos fehacientes y pruebas inconcusas. Freud y los psicoanalistas lo consideran como el mejor de sus métodos, hasta proclamarlo la *vía regia* para llegar a explicar la región inconsciente» (Ugarte de Ercilla, 1925, 210).

2. CRITICA DEL PSICOANALISIS

Ugarte de Ercilla elogia la doctrina psicoanalítica más en cuanto a la forma en que estudia los fenómenos que en lo referente a su contenido. Así dice: «la materia es interesantísima y de gravísimas consecuencias, la doctrina está desarrollada amplia y detenidamente bajo los dos aspectos psicológico y psiquiátrico; la observación es fina, el análisis muy detallado y minucioso, los casos estudiados numerosísimos» (Ugarte de Ercilla, 1925, 211). Además reconoce Ugarte una gran originalidad e ingeniosidad a la forma de explorar el inconsciente (sueños, actos fallidos, etc.).

Ugarte atribuye al Psicoanálisis un valor terapéutico que ha sido muy criticado por unos autores y alabado por otros. Resalta su eficacia en el tratamiento de las psiconeurosis y el histerismo. Además «Freud ha ido sucesivamente creando ingeniosos procedimientos de exploración psicoanalítica, a saber: la prueba de las asociaciones libres y la interpretación de los sueños, delirios oníricos y distracciones» (Ugarte de Ercilla, 1925, 212). Analiza dentro de la terapéutica del Psicoanálisis el fenómeno de la transferencia, que se produce como consecuencia de la larga duración del tratamiento «cuando éste ha sido largo y el enfermo ha abierto ya su interior al médico, muestra hacia él una adhesión e interés extraordinarios del género sexual, y a veces gran hostilidad, que sin embargo procede del mismo afecto» (Ugarte de Ercilla, 1925, 210).

Al margen de la originalidad de la doctrina y de la eficacia terapéutica en algunos casos, Ugarte señala sistemáticamente los puntos inadmisibles del Psicoanálisis, desde el punto de vista de la ciencia y de la religión. Estos aspectos son los siguientes:

a) *La sexualidad infantil*

Ugarte reconoce en el Psicoanálisis la importancia que Freud da a los instintos sexuales, pero lo más criticable desde su punto de vista es la sexualidad infantil, que desfigura la imagen que el cristianismo tiene del niño: «todos unánimemente, nada digamos de las madres, le miran regaladamente como a la flor más vistosa y exquisita de la humanidad. Pero hay una excepción: Freud, que en parte se apoya en Breuer, que le precedió en el mismo sentido, aunque no avanzó tanto. ¡Francamente nos parece una excepción monstruosa!» (Ugarte de Ercilla, 1925, 216).

Aunque Ugarte sabe que para Freud la tendencia sexual tiene una significación más amplia que la mera genitalidad (Ugarte de Ercilla, 1925, 214), no lo tiene en cuenta al enjuiciar la teoría de Freud sobre la sexualidad infantil y su crítica «desde el sentido común» es simplemente sentimental e ingenua. El tema se había planteado bastante antes de que Freud se ocupara de él y ciertamente no en términos tan superficiales como lo hace Ugarte (Ellenberger, 1980, 344-45).

b) *El carácter científico de la doctrina freudiana*

Argumenta varios datos para justificar el escaso valor científico del Psicoanálisis:

- 1.º «Porque muchas veces se funda en meras conjeturas».
- 2.º «Porque exagera desmesuradamente las consecuencias y apreciaciones, contra la regla de la buena lógica».
- 3.º «Los casos examinados son numerosísimos, pero muchos de ellos son vulgares, del montón, no selectos ni gradualmente ordenados».
- 4.º «En las indagaciones diagnósticas de los sueños, aunque sean curiosas y finas, rara vez puede haber suficiente base de certeza».

5.º «El Psicoanálisis no permite reconocer si la mejoría es transitoria o definitiva».

6.º «No tiene eficacia universal y disminuye, por tanto, su valor». Aquí Ugarte se refiere a las limitaciones de edad, inteligencia, tipo de patología, que se le hacen al Psicoanálisis, como anteriormente había señalado ya Fernández Sanz (1914).

7.º «Abundan las afirmaciones sin prueba ninguna, aún en casos que sugerirán oposición o dudas muy serias; y los símiles, si bien ilustran mucho, si la cosa estuviera ya probada, pero por sí solos nada prueban».

8.º Finalmente, arguye la consideración de «Hesnard dice que la Psicoanálisis es desde el punto de vista doctrinal un sistema seductor, pero que su alcance rebasa demasiado audazmente el límite de las inducciones permitidas por la experiencia psicológica» (Ugarte de Ercilla, 1925, 216-17).

c) *Conceptos psicológicos*

«Es una concepción gratuita y contraria a la diversa especificación de los variados fenómenos anormales patológicos, agruparlos y reducirlos todos a una raíz que tampoco es anormal: el instinto sexual» (Ugarte de Ercilla, 1925, 218).

Considera que existen otros instintos además del sexual, «San Juan mejor que Freud, señaló varias concupiscencias además de la de la carne, y enumeró la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida» (Ugarte de Ercilla, 1925, 218).

Pero no sólo eso, Ugarte afirma que tampoco al instinto sexual se le puede dar una supremacía sobre los demás, «es falso atribuir a la libido la primacía entre los demás afectos o tendencias, porque no le corresponde ni en el tiempo ni en la extensión, ni en la fuerza, pues prevalece sobre él el instinto de conservación del individuo» (Ugarte de Ercilla, 1925, 219). Considera por el contrario, que es el instinto de conservación el que prevalece en el individuo, tanto en los actos normales como en los patológicos: «se confirma esto en los actos heroicos de los hombres, de los cristianos, y sobre todo de las vírgenes castas de la religión cristiana, que a pesar de la debilidad de su sexo, se muestran héroes y santos, venciendo todas las incitaciones y estímulos bajos de la sensualidad» (Ugarte de Ercilla, 1925, 219).

d) *La moralidad*

Considera Ugarte que dentro de la moralidad no se puede aceptar el determinismo de Freud, en el sentido de que, si todo acto está determinado por el inconsciente y éste es de naturaleza sexual, todas las manifestaciones humanas estarían determinadas por lo sexual: según la filosofía cristiana y la doctrina católica es inadmisibles que la pasión sexual ni todas las pasiones juntas sean las fuerzas directrices del hombre» (Ugarte de Ercilla, 1925, 220), porque aunque el impulso sexual

fuese muy fuerte, siempre estaría por encima la voluntad libre del hombre.

e) Frente a la religión

Según Ugarte, en varios puntos se opone Freud a la religiosidad cristiana. En primer lugar en cuanto al origen del pecado en el hombre. Para Freud es el incesto el que ha surgido desde el principio de la humanidad, «con lo cual borra de una plumada el dogma del pecado original, pues éste, el pecado del primer hombre, no fue según la Escritura y la tradición pecado de incesto, seno de gula y de soberbia» (Ugarte de Ercilla, 1925, 221).

En segundo lugar, la aplicación excesiva del Psicoanálisis a otros campos además de la medicina no es aceptada por Ugarte porque «pretende dar la explicación psicológica y patológica del fenómeno religioso en los santos, en los místicos y hasta en el mismo Jesucristo» (Ugarte de Ercilla, 1925, 221).

La interpretación freudiana de que los ideales se forman a partir de las tendencias del inconsciente es algo que no puede ser admitido por la religión, «como si la religión no fuera el sentimiento más noble del hombre que radica en las más altas cimas del alma humana, merced a esa chispa de luz divina que en él se relumbra» (Ugarte de Ercilla, 1925, 221).

Finalmente, Ugarte se defiende de la semejanza que algunos autores intentan establecer entre la religión y el Psicoanálisis y señala las diferencias entre ellos lo principal es que la confesión sacramental, el penitente, el enfermo, está muy lejos de querer repetir las faltas de que se acusa; mientras que en la Psicoanálisis el director mismo es el que le incita a que reproduzca y haga revivir las escenas por inmorales que hayan sido, y así pecan y proceden inmoralmente los dos (Ugarte de Ercilla, 1925, 222).

En resumen, Ugarte expone en líneas generales la doctrina psicoanalítica y cuestiona sus principales supuestos desde la religión y la moral, es decir, hace una crítica en gran parte religiosa de una obra más o menos científica.

Era de esperar que podríamos encontrar aquí una crítica sensata de la escasa científicidad del Psicoanálisis y hasta de las limitaciones que tiene como tratamiento terapéutico. Sin embargo, Ugarte cae en críticas vulgares e inapropiadas al intentar hacer una aplicación ingenua y directa de los principios y misterios religiosos a una obra tan compleja como la de Freud.

III.—M. BARBADO: SU VERSION DEL PSICOANALISIS

El P. Manuel Barbado (1884-1945) es una figura singular de la psicología española, que en la inmediata postguerra había de jugar un papel institucional decisivo en la organización de los estudios de filosofía y psicología en España (Zanon y Carpintero, 1981).

Barbado perteneció a la Orden de Predicadores, donde cursó los estudios de filosofía y teología necesarios para la ordenación sacerdotal. Ordenado sacerdote estudió ciencias naturales en las Universidades de Sevilla y Madrid (García Hoz, 1945; Ubeda, 1946). Probablemente estos estudios tuvieron lugar entre 1909 y 1912 (Zaragueta, 1945). Organizó un laboratorio de Biología en el Colegio de la Orden Dominicana en Almagro (Ciudad Real) y enseñó Ciencias Naturales. Entre 1918 y 1940 tuvo a su cargo la asignatura de «Psicología Experimental» en el Colegio Internacional «Angelicum» de Roma, y fundó en este centro un laboratorio de psicología experimental (Barbado, 1925, 241; Barbado, 1928, 278). A su regreso a España, en el curso 1940-41 ocupó la cátedra de Psicología Experimental en la Facultad de Ciencias y a partir del curso siguiente compartió esa cátedra con la de Psicología Experimental de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid (Germain, 1980, 143; Zanon, 1980, 25).

La obra literaria de Barbado abarca 46 títulos, entre libros, artículos de revista, y boletines bibliográficos, todos ellos sobre temas psicológicos. En tres ocasiones se ocupó del psicoanálisis: primeramente en dos boletines bibliográficos (1925 y 1927) publicados en *La Ciencia Tomista* y posteriormente (1928) en su libro *Introducción a la psicología experimental*. A ellos nos referiremos a continuación.

1. LOS «BOLETINES» DE BARBADO SOBRE LITERATURA PSICOANALITICA

Hay que decir de entrada que en los «boletines» Barbado se ocupa más de literatura psicoanalítica de segunda fila que de los escritos del mismo Freud. Sus comentarios críticos no afectan tanto al fundador del psicoanálisis cuanto a otros autores que han escrito sobre el tema.

Barbado reconoce la difusión que han tenido en nuestro país estas doctrinas gracias a la traducción de Luis López Ballesteros, si bien considera como momento inicial de la difusión del Psicoanálisis en los países latinos la traducción francesa de las obras de Freud. Lo que «sucede es que las teorías psicoanalíticas no se hicieron del dominio público en los países latinos hasta que en 1922 la librería Payot, de París, comenzó a publicar la traducción francesa de las obras de Freud» (Barbado, 1925, 253).

En torno a 1925 el Psicoanálisis está de moda y aparecen varias publicaciones sobre el tema en diversos países europeos. Barbado critica el interés que captan los temas psicoanalíticos después de más de un cuarto de siglo de existencia, «¡nada menos que veinticinco años han pasado desde que el célebre psiquiatra de Viena publicó por primera vez su obra *Die Traumdeutung*, en cuyos últimos capítulos ya está contenido todo su sistema, que ha ido aplicando más tarde a casos particulares, suavizando a veces las exageraciones primitivas!» (Barbado, 1925, 252). Por lo tanto «no deja de ser pueril el que muchos escritores nos quieran hacer pasar como última novedad científica una doctrina que cuenta con extensísima bibliografía, que tiene varias revistas dedicadas exclusivamente a su difusión y que hasta se permite el lujo de

tener varias escuelas disidentes, como las capitaneadas por Adler, Jung, Rivers, etc. (Barbado, 1925, 252-53).

Especial atención le merece la difusión del Psicoanálisis en Francia. Entre las oposiciones que recibe la doctrina psicoanalítica en este país, cita la de Regis y Hesnard que en su obra *La Psychoanalyse des Névroses et des Psychoses* (1922) hacen una exposición y refutación del sistema freudiano. Barbado hace suya la afirmación de que «las concepciones psicológicas del Psicoanálisis pueden ponerse entre las más atrevidas del pensamiento psicológico contemporáneo y también entre las más embebidas de misticismo» (Barbado, 1925, 253).

Además, «el Psicoanálisis, para no renunciar a sus ambiciones se ha visto obligado a recurrir a conceptos nuevos y vacíos, con el fin de ocultar su ignorancia, demasiado legítima, de la íntima naturaleza de los hechos psicológicos» (Barbado, 1925, 253).

Barbado admite, de acuerdo con Regis y Hesnard, que la única aportación original del Psicoanálisis es «la idea de la sexualidad universal, el dogma del Pansexualismo» (Barbado, 1925, 254).

Aunque califica de menos científica la obra de Ch. Blondel *La Psychoanalyse* (1924), la aprovecha para criticar la arbitrariedad del Psicoanálisis y recalcar que «la intervención del observador polariza el curso de las asociaciones y, por tanto, se falsean por sugestión o por interpretación arbitraria los mismos fundamentos de la doctrina.» (Barbado, 1925, 254).

Se pregunta Barbado si la condición de ser Freud judío no habrá influido en la apoteósica difusión que ha tenido el Psicoanálisis, e intenta explicar por este motivo el que «un sistema que en realidad apenas tiene de original más que la exageración de algunos principios que ya eran del dominio general de la Psicología y de la Clínica, haya levantado tanta polvareda y sobre todo que haya llegado hasta el vulgo con todo el estrépito y el aparato de las grandes conquistas de la ciencia» (Barbado, 1925, 254).

Barbado delimita el contenido del Psicoanálisis y afirma que esta doctrina ni es toda la Psicología ni pretende suplantarse esta disciplina, sino que es simplemente una ciencia (mejor se diría un capítulo de la ciencia psicológica), cuyo objeto es resolver el problema del inconsciente» (Barbado, 1927, 417). Pero ni siquiera en este campo es el Psicoanálisis completamente suficiente, «El Psicoanálisis ni siquiera es capaz de resolver por sí ese único problema, sino que tan sólo suministra datos para su esclarecimiento y solución definitiva» (Barbado, 1927, 417).

Entre las obras que él considera que han contribuido a la difusión del Psicoanálisis figuran las siguientes:

La obra de F. Wittels *L'homme, la doctrine, l'école* (1925), considera este trabajo interesante para «enterarse de las disensiones internas de la escuela psicoanalítica y de las pasioncillas que las motivaron» (Barbado, 1927, 418).

O. Pfister, *La Pedagogía y Psicoanálisis*, en la que «el celoso pastor hace un panegírico entusiasta del freudismo» (Barbado, 1927, 419).

J. Dragotti, *El Psicoanálisis* (1926), «es una exposición breve, clara y sustanciosa de la nueva doctrina y de sus aplicaciones» (Barbado, 1927, 419).

J. Laumonier, *El freudismo, exposición y crítica* (1925) que, según Barbado, «es repetición adocenada y condensada de todas las vulgaridades que se han escrito sobre Freud y su sistema» (Barbado, 1927, 419).

E. Morselli, *El Psicoanálisis* (1926), «el psiquiatra genovés ejerce sus funciones de expositor y crítico con gran solemnidad: análisis de cada uno de los puntos doctrinales, largas consideraciones de técnico sobre las aplicaciones médicas, lujo de bibliografía y hasta sus respaldos de retórica ampulosa» (Barbado, 1927, 419).

Incluye finalmente Barbado entre el grupo de obras psicoanalíticas la de W. H. R. Rivers, traducida al francés con el título *L'instinct et L'Inconscient* (1926), «Rivers sigue las líneas generales de la doctrina de Freud sobre el inconsciente, aunque sin entusiasmarse demasiado» (Barbado, 1927, 420).

Poco más puede decirse sobre la información que Barbado ofrece en los «boletines» sobre el psicoanálisis. Y ciertamente una información de muy escaso valor. Los lectores de *La Ciencia Tomista* tuvieron ante sí una dura crítica del psicoanálisis sin disponer de elementos suficientes para saber sobre qué recaía exactamente la crítica. En un momento en que en nuestro país se desconocía en gran medida las ideas psicoanalíticas parece imprescindible que la crítica de Barbado tenía que ir precedida de una exposición general del psicoanálisis. Error éste que va a subsanar nuestro autor en su *Introducción a la psicología experimental*.

2. EL PSICOANÁLISIS FREUDIANO EN LA «INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA EXPERIMENTAL»

Para conocer la opinión de Barbado sobre el psicoanálisis y su posible influencia en la acogida de las ideas freudianas en España hemos de tener en cuenta principalmente su versión del mismo tal como aparece en la *Introducción a la Psicología Experimental*.

Efectivamente, ese escrito es sin duda alguna el que más fama le ha dado en la historia de la psicología. Se trata de un libro que tuvo dos ediciones (1928 y 1943) y fue traducido al francés y al italiano. Además es su publicación más acabada y con una buena acogida en los ambientes psicológicos de la época (Misiak y Staudt, 1955, 342-44).

Por tratarse de un manual de psicología de enseñanza superior Barbado presenta aquí al psicoanálisis dentro del contexto general de la psicología contemporánea, encuadrándolo dentro de la corriente asociacionista bajo el expresivo y matizado epígrafe: «Última evolución del asociacionismo: la escuela psicoanalítica» (Barbado, 1928, 335). Como otros autores de la época Barbado no entendió el psicoanálisis como una alternativa global a la psicología científica sino como una escuela dentro de las muchas que en su interior existían en aquel entonces. Los indudables elementos asociacionistas presentes en el psicoanálisis freudiano lo emparentaban, a su juicio, con el asociacionismo más que con ninguna otra corriente psicológica.

Pero Barbado sabe que el psicoanálisis freudiano no es reductible, sin más, a una corriente dentro de la psicología asociacionista. Entre uno y otra «hay puntos importantes de divergencia» (Barbado, 1928, 335),

siendo tal vez el más significativo el papel que juegan en el psicoanálisis las tendencias o impulsos frente al asociacionismo clásico que únicamente habla de representaciones (Barbado, 1928, 339).

Las catorce páginas de que consta el capítulo que Barbado dedica al psicoanálisis constan de tres partes: en primer lugar expone los puntos principales de la teoría freudiana, a continuación se refiere a los primeros desarrollos postfreudianos junto con una valoración general del psicoanálisis y, por último, se ocupa de las relaciones entre Janet y Freud. Nos referiremos únicamente al primer punto.

La exposición de Barbado de las teorías de Freud sigue un esquema lógico y evolutivo al mismo tiempo. A partir de las experiencias con Charcot y con Breuer deduce Freud que la causa de la histeria deber ser «una representación psíquica originariamente muy intensa, pero que luego desaparece del campo de la conciencia» (Barbado, 1928, 335). Este descubrimiento lo va a relacionar Freud con otras observaciones comprobadas por los psiquiatras de que las neurosis casi siempre van acompañadas de trastornos sexuales, lo que le llevó a sentar las bases de su sistema, diciendo que «muchas neurosis son causadas por representaciones fuertemente teñidas de emoción sexual cuyo recuerdo se ha hundido en las regiones oscuras del inconsciente» (Barbado, 1928, 335-36).

Supuesto este principio, la preocupación terapéutica de Freud le inducirá a buscar un procedimiento que permita curar a los enfermos afectos de neurosis. Se trataría de hacer revivir las representaciones sexuales inconscientes. Para conseguir este objetivo es cuando Freud recurre, según Barbado, al asociacionismo, admitiendo que toda la vida psíquica no es otra cosa que una continua y variada asociación de imágenes, si bien el fundador del psicoanálisis acentúa la idea de que «cada imagen y cada complejo psíquico no consta solamente de una representación o de un grupo de ellas, sino que además tiene un elemento pasional o emotivo que la acompaña indefectiblemente» (Barbado, 1928, 336).

El método práctico para asociar las representaciones antiguas e inconscientes con otras actuales y conscientes, sacando así a flote las imágenes eróticas que han generado la neurosis, lo constituye el método de la *asociación libre* (Barbado, 1928, 336).

Siguiendo por este camino Freud da un paso más en su obra *Die Traumdeutung* de 1900, en la que pone de manifiesto, en palabras de Barbado, que los «ensueños revelan las tendencias más profundas y enraizadas de nuestra naturaleza, aquéllas inclinaciones que la educación y el ambiente social nos obligan a reprimir fuertemente» (Barbado, 1928, 337).

Con su teoría sobre el simbolismo e interpretación de los sueños el psicoanálisis freudiano amplía su campo a la vida normas y cotidiana. Lo que inicialmente fue una técnica terapéutica comienza a aparecer como una teoría psicológica. Freud aplicó sus principios a muchos actos de la vida ordinaria «no explicados por nadie, y le pareció encontrar que los olvidos, equivocaciones, *lapsus*, chistes, etc... no eran otra cosa que la manifestación embozada de deseos latentes, de que muchas veces no nos damos cuenta y otras no nos atrevemos a confesárnoslo francamente». De estas cuestiones se ocupa Freud en *Zur Psychopathologie des*

Alltagsleben (1904) y en *Der Witz und seine Beziehung zum Umbewusten* (1905) (Barbado, 1928, 337).

El desarrollo de la teoría de Freud sigue también otra dirección. Freud generaliza cada vez más la influencia del instinto sexual sobre la vida psíquica, particularmente poniendo de manifiesto la sexualidad infantil. El instinto sexual no aparece repentinamente en la pubertad sino que está activo ya, aunque enmascarado, en los primeros años de la vida infantil. Acciones como mamar o chuparse los dedos son modos de satisfacer las primeras manifestaciones del instinto sexual de cada niño. Lo que pretende demostrar en *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* (1905) es que «el instinto sexual es la tendencia primera y fundamental de la naturaleza humana» (Barbado, 1928, 338).

Hasta aquí lo que ha hecho Freud, según Barbado, ha sido inducir leyes generales, pero va a dar un paso más intentando *explicar* las leyes y los hechos a fin de dar a su sistema un armazón científico. Para ello Freud enunciará una serie de hipótesis:

1.^a La vida psíquica está formada no sólo de imágenes sino también de *tendencias* que son como energías en tensión. Hay dos tendencias, la de la conservación del individuo (Ichtrieb) y la referida a la especie (Sexualtrieb).

2.^a En las imágenes hay un elemento representativo y otro afectivo que está directamente relacionado con las tendencias; el componente afectivo puede separarse de una representación para unirse a otra. La *sublimación* consiste en que el elemento afectivo o sexual se une a representaciones de carácter elevado (honor, patriotismo, religión).

3.^a Los contenidos psíquicos (imágenes y tendencias) se encuentran en dos regiones del mundo psíquico: la *consciente* y la *inconsciente*. En el inconsciente predominan los contenidos de orden sexual y en el consciente las tendencias de carácter egoísta. Entre ellas se da antagonismo y lucha, «pues la extereorización de las tendencias sexuales es muchas veces incompatible con los intereses del sujeto, que deben amoldarse a la educación recibida y a las exigencias del medio ambiental» (Barbado, 1928, 339).

4.^a Los contenidos inconscientes pugnan constantemente por aflorar a la conciencia, pero lo impide la *censura*, que rechaza todos los contenidos cuya parte representativa está en oposición con las tendencias egoístas empujándolas a la región profunda del inconsciente. «Pero los complejos subscientes saben burlar la vigilancia del censor, y para poder atravesar la frontera se disfrazan, uniéndose los elementos pasionales con representaciones de aspecto moral o indiferente, y de este modo la censura, que sólo atiende al aspecto representativo del complejo, deja pasar sin dificultad los afectos y tendencias más ruines embozados en la capa del decoro» (Barbado, 1928, 340).

Aquí termina Barbado su exposición sumaria del psicoanálisis. El que deseé más información «debe acudir a las obras mismas de Freud, en las cuales, bajo una apariencia de desorden y de superficialidad, se descubre, aunque con algún trabajo, el armazón rígido de la doctrina fundamental» (Barbado, 1928, 340).

¿Qué juicio nos merece la versión de Barbado sobre el psicoanálisis freudiano? Como ha hecho notar Zanón, «llama la atención el tono objetivo, imparcial y hasta benévolo» (Zanón, 1980, 167) de la exposición que ofrece Barbado del psicoanálisis en su *Introducción a la Psicología Experimental*. Tal vez esta misma impresión la sacó Lindworski, 1929, 456). Incluso parece que el mismo Freud encontró fiel la exposición de Barbado (Barbado, 1943, 291).

Está claro que Barbado hace su exposición a partir de la lectura de las propias obras de Freud principalmente en su traducción castellana, aunque algunas veces también tenga presente el texto alemán de aquellos escritos no traducidos, por aquel entonces, a nuestro idioma.

Su actitud comprensiva hacia el psicoanálisis se apoya en que hay que entenderlo como la «ciencia del inconsciente», que no pretende suplantar a la ciencia psicológica —como defendían algunos de sus exaltados partidarios—, sino «sólo explicar la estructura y el dinamismo del inconsciente y su influencia sobre la vida que se desarrolla a la vista de la conciencia» (Barbado, 1928, 344). Su innegable mérito ha sido «atraer fuertemente la atención de los psicólogos más serios hacia temas de gran importancia, cuales son, por ejemplo, la constitución y mecanismo del inconsciente, la explicación de los ensueños y de los lapsus, el influjo de los instintos y tendencias ocultas en la marcha de los fenómenos conscientes, etc.» (Barbado, 1928, 343). Al psicoanálisis freudiano hay que reconocerle al menos la tentativa de complementar la psicología general» (Barbado, 1928, 348).

Los innegables méritos de la escuela psicoanalítica le disculpan, a juicio de Barbado, de otros no menos innegables defectos: «exageraciones pueriles, postulados que pasan por principios inconcusos, inducciones incompletas, miras unilaterales, esquematismos aventurados, fanatismo de innovadores, crudeza de lenguaje y una dosis no pequeña de ignorancia que resalta en las obras de muchos psicoanalistas» (Barbado, 1928, 343-44). La crítica dura de Barbado va dirigida sobre todo contra aquellos «amigos ciegos e indocumentados que, sin asimilarse la doctrina, toman algunos principios, los estiran, los inflan, los deforman y los convierten en caricaturas» (Barbado, 1928, 344).

Por extraño que parezca, en la *Introducción a la Psicología Experimental* Barbado adopta ante el psicoanálisis freudiano una actitud más bien comprensiva que crítica. Su intención fundamental ha sido dar a conocer las ideas fundamentales de la teoría freudiana. Sus preferencias u opiniones personales no se hacen suficientemente explícitas. Hasta puede decirse que se echa de menos alguna referencia a la cuestión de la validez científica del psicoanálisis, a los problemas de la sexualidad infantil, a los problemas de tipo religioso y moral que suscitaba el psicoanálisis. Todos estos problemas eran tratados por los autores de la época que se ocuparon del psicoanálisis.

Por otra parte, no parecen convincentes las razones aducidas por Barbado para encuadrar el psicoanálisis freudiano dentro del asociacionismo. Los componentes asociacionistas del sistema freudiano son innegables (Carpintero, 1976). Lo que puede ponerse en duda es en qué medida definen el sistema.

En resumidas cuenta, Barbado se muestra acogedor de las ideas freudianas en su *Introducción a la Psicología Experimental*, contrastando tal actitud con la manifestada en los «boletines» que comentamos en la primera parte de nuestra exposición. Y ha sido precisamente, aquella actitud de benevolencia y de objetividad ante el psicoanálisis la que motivó que, doce años después de la muerte de Barbado, se editara en un folleto (Barbado, 1957) el capítulo de la *Introducción a la Psicología Experimental* dedicado al psicoanálisis.

IV.—LOS TRABAJOS DE LUCIO GIL FAGOAGA SOBRE PSICOANALISIS

El Psicoanálisis suscitó una actitud eminentemente crítica entre los Filósofos españoles. Gil Fagoaga contribuyó al estudio crítico de sus supuestos teóricos.

1. NOTAS BIOGRAFICAS

Lucio Gil Fagoaga nació en Requena, en setiembre del año 1896. Estudio Bachillerato Libre en Requena, realizando los exámenes libres en Valencia. A los quince años va a estudiar a Madrid y cursa los estudios de Derecho y Filosofía.

Durante estos años es discípulo del Profesor Bonilla San Martín y posteriormente se convierte en su ayudante. También fue pasante de Santiago Alba. Su incorporación a la docencia universitaria la realizó como profesor de Estética.

En enero de 1923 ocupa la cátedra de Psicología Superior en la Facultad de Madrid, tras opositar a la misma con Juan Zaragüeta, destacado profesor de Filosofía Neoescolástica; antes había hecho oposiciones a la cátedra de Estética, sin éxito.

Entre sus actividades en el campo de la Psicología destaca el montaje de un laboratorio en la Facultad de Letras, que fue saqueado más tarde, en los años de la guerra.

Tiene varias publicaciones sobre Filosofía, Estética, Derecho y Psicología, unas sobre pruebas para la medida de la inteligencia y otras sobre Psicoanálisis. Vamos a detenernos en estas últimas por la aportación que suponen al tema que nos interesa.

2. JUICIO SOBRE EL PSICOANALISIS

En una conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, sobre el tema «El Psicoanálisis y su significado» Gil Fagoaga expone los puntos más importantes y a la vez más problemáticos de la doctrina freudiana.

Para comenzar hace alusión al vertiginoso desarrollo del Psicoanálisis especialmente en Austria, Alemania y Estados Unidos, con la agrupación de numerosos discípulos y publicaciones en torno a este sistema.

En cuanto al contenido de la doctrina, parte de la idea de que es una Terapéutica psicológica: «Su doctrina es fundamentalmente una

terapéutica psicológica y como toda terapéutica se funda en una Patología y en una Fisiología» (Gil Fagoaga, 1925, 1).

Aparecen ahí tres puntos: Fisiología Psicoanalítica, Patología y Terapéutica Psicoanalítica que permiten a Gil Fagoaga aclarar los principales supuestos del sistema psicoanalítico.

La fisiología parte de un principio, según Fagoaga: la existencia de una topografía mental «La conciencia humana en general no es algo unitario sino que pueden distinguirse perfectamente en la Psicología humana tres esferas más o menos independientes: lo inconsciente, lo preconsciente y lo consciente» (Gil Fagoaga, 1925, 2).

De esta topografía surgen los complejos, formados por las huellas mnemónicas que dejan los actos conscientes al pasar al subconsciente. Estos complejos se reducen a dos: el complexus —afecto equivalente al principio del placer que se origina merced a la tendencia más profunda o libido, y el complexus— yo, equivalente al principio de la realidad de Freud, que surge por el instinto de conservación; éstas son las dos tendencias más importantes que dirigen toda la vida mental.

Cuando el individuo entra en relación con la sociedad se excita el instinto de conservación, que intenta adoptar diferentes posiciones respecto a la circunstancia social. El resultado de esta influencia del medio es el «Yo». Surgen conflictos entre el «yo», que intenta adaptarse al medio, y las tendencias inconscientes; por lo general triunfa el yo según Fagoaga, y desaparece aparentemente la tendencia inconsciente, produciéndose el fenómeno denominado «represión».

Así entramos ya en el campo de la Patología; la tendencia reprimida no se destruye totalmente sino que produce o se manifiesta en síntomas de enfermedades mentales. Estas anormalidades psíquicas son los actos fallidos, los lapsus, todo lo que Freud describe en la *Psicopatología de la vida cotidiana*. También puede presentarse la tendencia reprimida en los ensueños, que según Gil Fagoaga son «la realización disfrazada de un deseo reprimido» (Gil Fagoaga, 1925, 5).

Finalmente, las neurosis y las desviaciones sexuales son patologías cuya etiología es también una tendencia reprimida. Por ello, la terapéutica psicoanalítica tiene como objetivo la «catharsis» o purificación, método por el cual afluye al plano consciente la tendencia que había sido reprimida y relegada al inconsciente y que se manifestaba en síntomas patológicos.

El fenómeno más importante en este proceso terapéutico es, según Fagoaga, la transferencia. «Este fenómeno implicado es una neurosis, la neurosis de transferencia, consiste en que el enfermo, cuando tiene ocasión propicia, transfiere la suplantación que lleva en lo subconsciente a los objetos inmediatos que le rodean especialmente al médico» (Gil Fagoaga, 1925, 7).

No siempre el deseo reprimido produce patologías, sino que también puede transformar y dirigir su energía a la consecución de obras de arte, mediante el fenómeno que Freud denomina «sublimación».

Esta es la exposición del sistema psicoanalítico que, según Gil Fagoaga, abarca estos tres aspectos: fisiología, patología y terapéutica. Aunque los tres puntos están descritos con buen estilo literario, el autor

no presenta una demostración y verificación empírica de los supuestos y términos fundamentales que sustentan el sistema psicoanalítico. Por ello, la crítica de Fagoaga a la validez y cientificidad del Psicoanálisis se aplica sobre los siguientes puntos de la doctrina freudiana:

1.º Es un sistema excesivamente metafórico: «Freud parte, al parecer, de un punto de vista empírico; pero quizás sin darse cuenta va sentando proposiciones, términos, conceptos, va enlazándose luego unos con otros y viene a resultar al fin algo, con lo cual, llegamos a hacernos ilusión de que al hablar de enfermedad no se refiere a ninguna enfermedad de éstas que estamos viendo todos los días, sino a una abstracción, a un símbolo vacío» (Gil Fagoaga, 1925, 8).

Con este tipo de sistema se llega, por supuesto, a una excesiva abstracción de los términos empleados, que ofrecen muchas dificultades para ser precisados y demostrados con exactitud.

2.º Problemática de lo inconsciente: Gil Fagoaga se sitúa en la posición de que todo lo que es psíquico es un fenómeno de conciencia, tomando esta palabra en un sentido estricto que abarca el conocimiento ordinario y la subconsciencia. Desde este punto de vista resulta difícil la demostración del inconsciente freudiano.

«¿Qué es entonces el inconsciente? ¿Qué representa entonces la libidine? Un fenómeno psicológico que no es psicológico, es decir, que no es consciente, podrá ser algo fisiológico, pero lo fisiológico en un sentido empírico, no lo toca jamás, no puede tocarlo consecuentemente Freud» (Gil Fagoaga, 1925, 9).

Otra demostración semejante exige el término preconsciente, así como la diferencia entre el «yo» y todo lo otro más profundo que Freud denomina afectividad o libidine. Todas estas delimitaciones en los términos básicos del sistema son indispensables, según Fagoaga, para atribuirle un carácter serio a la doctrina freudiana.

3.º Otro aspecto del Psicoanálisis que critica Gil Fagoaga, es el carácter simplista de esta doctrina. Fagoaga no admite que el instinto sexual sea la panacea universal que explique todos los síntomas patológicos, por lo tanto «es también una idea, desde luego brillante, coloreada, pero demasiado simplista, la de suponer que toda perversión sexual procede de no tener satisfacción normal la tendencia libidinosa» (Gil Fagoaga, 1925, 10). Todo esto hace que el sistema «en puntos esenciales esté poco fundado» (Gil Fagoaga, 1925, 11).

4.º Además, el Psicoanálisis es fundamentalmente una terapia. Hemos visto que considerada la doctrina desde el punto de vista teórico, sus supuestos carecen totalmente de contenido y de contrastación con la realidad.

Gil Fagoaga plantea la cuestión de la eficacia de la Terapéutica analítica para el tratamiento de las enfermedades.

Desde un modelo orgánico y con un supuesto e implícito paralelismo psicofísico concibe la enfermedad como un trastorno de un órgano o de su función: «es un principio en Psicología empírica el de que todo fenómeno psicológico supone un fenómeno fisiológico; por consiguiente

toda perturbación psicológica supondrá también una perturbación fisiológica» (Gil Fagoaga, 1925, 11).

Gil Fagoaga cuestiona aquí el concepto de enfermedad. Afirma que aunque se trate de una enfermedad psicológica, la etiología hay que buscarla en factores orgánicos. Esta dependencia que establece entre lo psíquico y lo orgánico afecta en gran parte la eficacia y la aplicación de la Terapéutica analítica, ya que estando basada en procesos psicológicos, no puede cambiar la insuficiencia fisiológica de un órgano o su función.

Según Gil Fagoaga, Freud no investiga la naturaleza orgánica de las neurosis y otros trastornos psicológicos. Por lo tanto, el campo de aplicación del psicoanálisis, como terapia, queda muy restringido. Para Fagoaga, la investigación debería buscar la etiología orgánica de los procesos patológicos y no entretenerse en estudiar los fenómenos psicológicos determinantes.

5.º Finalmente, Gil Fagoaga ataca al Psicoanálisis por la escasa originalidad en los contenidos y conceptos que maneja. Excepto en la terminología que emplea, nuestro autor sostiene que Freud no aporta nada nuevo. Su origen estaría en Pierre Janet y William James y de ellos toma sus supuestos denominándolos con otros términos, pues, «desde los estudios ya clásicos de W. James acerca del sentimiento religioso, hasta los trabajos de P. Janet y de multitud de psiquiatras, se sostiene, con otras palabras, una porción de fenómenos que Freud admite igualmente, pero cambiándoles la terminología.» (Gil Fagoaga, 1925, 12).

Gil Fagoaga admite y hace suyas las palabras de P. Janet en *La medicina psicológica*: «En esta época un médico extranjero, el Sr. Doctor S. Freud (de Viena) vino a la Salpêtrière y se interesó en estos estudios, contrastó la realidad de los hechos y publicó nuevas observaciones del mismo género. En esas publicaciones modificó desde luego los términos de que yo me servía: llamó Psicoanálisis lo que yo había llamado análisis psicológico; denominó *complexus* lo que yo había denominado sistema psicológico para designar ese conjunto de hechos de conciencia y de movimiento, ora de los miembros ora de las vísceras que quedan asociadas para constituir el recuerdo traumático, consideró como una representación lo que yo refería a un estrechamiento de la conciencia, bautizó con el nombre de *catharsis* lo que yo designaba como una disociación psicológica o como una desinfección moral. Pero, sobre todo, transformó una observación clínica y un procedimiento terapéutico de indicaciones precisas y limitadas en un enorme sistema de filosofía médica.» (Gil Fagoaga, 1925, 13).

Para Gil Fagoaga el valor del Psicoanálisis estriba en ser un sistema que recopila las investigaciones anteriores en el campo de la psicopatología; «el Psicoanálisis es un moda. Contiene casi todas las conquistas que han hecho otros hombres en el campo de la psicopatología sólo que revestidas de nombres diferentes y armonizadas en un sistema.» (Gil Fagoaga, 1925, 14).

El otro mérito del Psicoanálisis radica en su capacidad de divulgación de nuevos conceptos en Psicopatología, «merced al psicoanálisis y a su propaganda se ha producido una vulgarización de nociones de

psicopatología que de otra manera no hubiera llegado a producirse- (Gil Fagoaga, 1925, 14).

Gil Fagoaga hace una presentación del Psicoanálisis desde una perspectiva totalmente organicista. Acabamos de ver que considera al Psicoanálisis fundamentalmente como una terapéutica psicológica, pero este sistema carece de valor o fundamentación tanto a nivel teórico, como a nivel práctico, por olvido de la base fisiológica.

En cuanto a la doctrina, Gil Fagoaga cuestiona la validez de los supuestos freudianos, principalmente los referentes a la topología mental, ya que no pueden ser sometidos a una verificación empírica, ni puede demostrarse su existencia orgánicamente.

El otro aspecto de la doctrina rechazado es su carácter pansexualista, porque la energía sexual no puede alcanzar a explicar todos los síntomas patológicos, de acuerdo con nuestro crítico.

Para Gil Fagoaga el Psicoanálisis tiene el mérito de haber reunido las investigaciones realizadas en el campo de la psicopatología y el haber contribuido a su divulgación.

No deja de ser interesante que este estudio haya sido originariamente una conferencia en la Real Academia de Jurisprudencia, pues confirma el extraordinario interés que produjo el tema psicoanalítico en el mundo del derecho.

Su trabajo fue luego citado por César Camargo Marín, Rafael Vázquez Zamora y César Juarros, y así, se convirtió en fuente de inspiración para ulteriores divulgadores y críticos.

CONCLUSION

Para terminar, como ha ocurrido en otros campos de la ciencia española los filósofos también cooperaron a la introducción en España de las nuevas ideas que circulaban por el resto de Europa. En el caso del Psicoanálisis, con cierto retraso ciertamente. Pero eso es una tónica general en la historia de la ciencia española.

Los filósofos de que nos hemos ocupado son los primeros de su profesión que trataron del tema. Lo que tiene su mérito. Difundieron y criticaron las ideas freudianas. Lo primero no siempre con exactitud. Lo que es por otro lado comprensible, dada la complejidad de la obra freudiana. En lo segundo, por lo que se refiere a la crítica del valor científico del Psicoanálisis freudiano coinciden con lo que era bastante común entre muchos intelectuales de la época y hasta hoy día. Respecto a la crítica desde planteamientos religiosos no podemos menos de considerarla precipitada y hasta ingenua. Debe quedar claro, sin embargo, que no fueron solamente los filósofos españoles de primera hora los únicos en precipitarse en sus críticas. En los otros países europeos abundaban críticas similares.

Con todo, la historia de la ciencia española no podrá olvidar los nombres de Ortega, Ugarte de Ercilla, Barbado y Gil Fagoaga por su aportación a la entrada del Psicoanálisis freudiano en España.

BIBLIOGRAFIA

- Anónimo: 'Ugarte de Ercilla', en *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* (Espasa Calpe, Madrid 1975).
- Barbado, M.: 'Boletín de Psicología. II. Tratados, Textos y Orientaciones generales', en *La Ciencia Tomista*, 32 (1925).
 — 'Boletín de Psicología. IV. Psicoanálisis', en *La Ciencia Tomista*, 36 (1927).
 — *Introducción a la Psicología Experimental* (Edit. Voluntad, Madrid 1928).
 — *Introducción a la Psicología Experimental* (CSIC, Madrid 1943).
 — *El Psicoanálisis* (Biblioteca Filosófica del Estudiante, Granada 1957).
- Carpintero, H.: *Historia de la Psicología* (UNED, Madrid 1978).
- Ellenberger, Hr.: *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica* (Gredos, Madrid 1980).
- García-Hoz, V.: 'Semblanza de P. Barbado', en *Revista Española de Pedagogía*, 9 (1945) 9-33.
- Germain, J.: 'José Germain: Autobiografía' (II), en *Revista de Historia de la Psicología*, 1 (1980) 139-70.
- Gil Fagoaga, L.: *Las interpretaciones de los sueños* (Madrid 1927).
 — *El Psicoanálisis y su significación* (Reus, Madrid 1925).
- Koch, L.: *Jesuiten Lexicon* (Bonifacius Druckerei, Paderborn 1934).
- Lindworski, J., Recensión de *Introducción a la Psicología experimental* de M. Barbado, en *Gregorianum* (1929) 458.
- Mariás, J.: *Acerca de Ortega* (Revista de Occidente, Madrid 1971).
 — *Ortega, circunstancia y vocación* (Revista de Occidente, Madrid 1973).
- Misiak, E.: *Los católicos y la psicología. Anotaciones históricas* (I. Flors, Barcelona 1955).
- Ortega y Gasset, J.: *Obras Completas*, t. I (Revista de Occidente, Madrid 1958) pp. 138, 145.
 — 'Prólogo a *Obras Completas* de Sigmund Freud', en *Obras Completas*, VI (Revista de Occidente, Madrid 1958).
 — 'El Psicoanálisis ciencia problemática', en *Ideas y Creencias* (Revista de Occidente, Madrid 1977; 1ª edic. 1911).
- Pérez Delgado, E.: *Estudio Prosopográfico de los autores eminentes en Psicología* (Tesis de Licenciatura, Mimeo, Valencia 1979).
- Ubeda Purkiss, M.: *Estudios de Psicología Experimental del P. Manuel Barbado*, tomos I y II (CSIC, Madrid 1946, 1948).
- Ugarte de Ercilla, E.: *Transformación de los procesos psíquicos conscientes e inconscientes: Consecuencias que de este hecho derivan* (Madrid 1920).
 — 'La escuela freudiana y la Metapsíquica', en *Razón y Fe*, 73 (1925) 204-23.
- Zanon, J. L.: *El P. Manuel Barbado y su Introducción a la Psicología Experimental* (Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Valencia 1980).
- Zanon, J. L. y Carpintero, H.: 'El P. Manuel Barbado y su Introducción a la Psicología Experimental', en *Revista de Historia de la Psicología*, 3 (1981) 189-224.
- Zaragüeta, J.: 'El R. P. Manuel Barbado', en *Revista de Filosofía*, t. 4 (1945) 221-32.

M. V. MESTRE
 E. PEREZ-DELGADO
 M. J. SOLER